

Conmemoración. *Hispanamérica*. Un proyecto que cumple 130 números*

HISPAMÉRICA, un oído atento al presente



Mario Cámara

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES / CONICET

Saúl Sosnowski me invitó a presentar su revista *Hispanamérica*, justificó su invitación a partir de mi oficio de editor, y por lo tanto hablaré desde ese lugar. Voy a hacer una breve introducción biográfica que espero me vaya llevando a *Hispanamérica*. Repasando ese sitio invocado por Saúl —el de editor— me di cuenta de que las revistas culturales fueron importantes en determinados momentos de mi vida. Voy a mencionar tres revistas culturales (en un sentido muy amplio) que fueron centrales en mi adolescencia: *Humor*, *El Porteño* y *Cerdos y Peces*. En los tres casos se trató de revistas de circulación pública, y en el caso de *Humor* y *El Porteño* podríamos hablar hasta de una cierta masividad. Por circulación pública me refiero al quiosco de diarios, a la posibilidad de ir allí, cada semana o cada mes, y comprarla. Esas tres revistas, sin que en aquel momento yo conociera otras, fueron parte de mi formación, como, supongo, la de muchos: orientaron lecturas, despertaron intereses, en fin, me informaron.

Probablemente, algunos de esos contactos produjeron que en 1986 yo publicara mi primera revista, *Subterráneo lugar*, un precario fanzine anarquista, que en 1994 publicara mi segunda revista, *El ángel del deseo*, un tabloide que prefiero olvidar, y que entre 2003 y 2013 publicara una revista llamada *Grumo*, esta vez junto a un grupo de colegas de la universidad. En las tres oportunidades me pareció natural la situación. El hecho de haber publicado revistas, y especialmente el hecho de haber editado *Grumo*, hizo que, tal como sucede ahora, alguna vez me invitaran en mi calidad de editor, y que tal invitación me forzara a tener que decir algo sobre el significado de ser editor. Es decir, tuve que pasar de la naturalidad de editar revistas a la necesidad de producir algún

tipo de reflexión. En ese momento observé, pensé sin ser ningún especialista, que hay una potente tradición de revistas literarias/culturales y que muchas de ellas han sido cruciales dando a conocer autores, releyendo a otros, reorganizando nuestras historias literarias y por lo tanto nuestro presente. Voy a nombrar tres que creo que han sido muy importantes, pero sin dudas hay muchas otras: *Sur*, *Contorno* y *Punto de Vista*. Algunas de estas revistas han producido relecturas violentas, con gestos bombásticos, como *Contorno* con su condena al martinfierrismo y su relectura de Roberto Arlt, que ha tenido una perduración sorprendente. “Los martinfierristas: su tiempo y el nuestro”, titulaban en el primer número en noviembre de 1953. Cada una ha tenido su particularidad, *Sur* encarnó una suerte de modernización bibliográfica en Argentina, tanto desde sus números temáticos como desde sus traducciones y publicaciones, mientras que *Punto de Vista*, como afirma Roxana Patiño,

...pone en marcha un gigantesco sistema interpretativo basado en una relación diferente entre política, ideología y literatura. No hay núcleo importante de la literatura argentina que quede fuera de la “relectura” de *Punto de Vista*: Sarmiento y el *Facundo*, José Hernández y *Martín Fierro*, la generación liberal de 1880, el nacionalismo cultural del 900, Borges y la vanguardia, el grupo *Sur*, Martínez Estrada, el grupo *Contorno*, entre los principales.¹

Pero además, quiero agregar, *Punto de Vista* fue una de las primeras revistas que tuvo una vinculación con la universidad pública a partir del regreso de la democracia. Entiendo que el vínculo entre modernidad y revistas es inescindible, que las revistas culturales han tenido

* Recuperamos las lecturas de Mario Cámara y Martín Kohan en la presentación de *Hispanamérica*. *Revista de Literatura*, año XLIV, número 130, 2015.

1. “Revistas culturales y literarias argentinas de los 80: usinas de una época”. En línea: <http://www.no-retornable.com.ar/v12/teatro/patino.html> (Consulta: 21/08/2015).

como tarea el despliegue y la defensa de la autonomía de la esfera cultural. Sin embargo, si bien las revistas han cumplido ese papel durante la modernidad y en Occidente, en Argentina su presencia ha sido de una importancia difícilmente subestimable, al menos hasta 1983. Me atrevería a decir que fueron una suerte de universidad paralela frente a una institución que al menos en el plano de las ciencias humanas no terminaba de armarse, y que, cuando podía hacerlo era frecuentemente castigada si había dictaduras. Es decir, frente a la debilidad o precariedad de las instituciones culturales dependientes del Estado, las revistas culturales en manos “privadas” cumplían un papel fundamental, sus debates, reconfiguraciones, exclusiones e inclusiones cumplían un rol formador y modernizador que la Universidad durante mucho tiempo no garantizó.

Sin embargo, creo que los tiempos han cambiado, al menos han cambiado en Argentina atravesada por Internet y por las nuevas exigencias académicas. Las grandes revistas parecen haber desaparecido. En estos contextos, es decir, tanto en el momento en el que había una presencia fuerte de revistas culturales y literarias, como en este segundo momento, en donde esa presencia es más difusa, más errática, tenemos a *Hispanérica* y su singularidad, objeto anfibio, a caballo entre la academia y la producción independiente. Como ustedes saben, estamos aquí no solo presentando el último número, el 130, sino conmemorando también los casi 45 años de este proyecto. Recordemos que *Hispanérica* comienza a publicarse en 1972. En una entrevista que le concediera a Télam, Saúl Sosnowski sostuvo que el origen de la publicación había tenido que ver con dar forma a un proyecto distanciados de las revistas “académicas tradicionales”, que le parecían aburridas, y cito: “Eran un compendio de artículos entre tapas; me interesaba tener una revista que incluyera las diversas fases de la producción literaria”. *Hispanérica* forma parte de un conjunto de publicaciones —*Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (1973, Perú), dirigida por Antonio Cornejo Polar; *Escritura* (1975, Venezuela), dirigida por Ángel Rama; *Texto crítico* (1975, México), dirigida por Jorge Ruffinelli, entre otras— cuyo objetivo, probablemente teniendo en cuenta el ensayo de Fernández Retamar *Para una teoría de la literatura latinoamericana* una ponencia leída en 1972, consistió en modernizar las herramientas críticas y teóricas para leer la reciente producción literaria latinoamericana.² De este modo, *Hispanérica* desempeña un papel importante en esa tarea que podríamos definir de esta manera: actualización crítica, disputa por el canon, ampliación del canon y la delimitación de un objeto de

estudio —la literatura latinoamericana— que desde los años 60 estaba en pleno proceso de transformación.

¿Cómo producir una revista que no sea un compendio de artículos entre tapas? Voy a ensayar unas pocas respuestas. En primer lugar, me parece interesante que en su primer número *Hispanérica* traiga, junto con un ensayo de un crítico e intelectual como Noé Jitrik otro del entonces jovencísimo Héctor Libertella; sucede exactamente lo mismo en el segundo número, a un ensayo de Hugo Verani sobre Juan Carlos Onetti, le sigue un texto de un joven poeta como Arturo Carrera, quien apenas había publicado su *Escrito con un nictógrafo*. Me parece que esta es una de las características de este sitio tan particular que va a ir construyendo Saúl Sosnowski, un cierto equilibrio, una cierta convivencia entre críticos fundamentales para la cultura latinoamericana junto con nuevas voces. Respecto de ello, Sosnowski afirma:

Quería que junto a autores y textos conocidos aparecieran los más recientes, aquellos que aún demorarían un tiempo en ser incorporados al canon literario y a una mayor difusión entre el público en general. Además, incluir notas críticas, ficción, poesía, testimonio y secciones como ‘Los marginados’; donde, por ejemplo, publiqué material escasamente difundido de los poetas ‘tzántzicos’ (movimiento cultural) ecuatorianos.³

Y esto es algo que se va renovando y sigue, lo que hace que uno siempre cuente con *Hispanérica* como un sitio poroso para lo nuevo, tal como señala Pablo Rocca en su artículo “Por qué, para qué una revista (Sobre su naturaleza y su función en el campo cultural latinoamericano)”, publicado en la propia *Hispanérica* n° 99: “La revista, espacio de cruce, pelea con el presente. Lo interroga, no puede desprenderse de él”. Desde los nombres críticos que poblaron el parnaso de la crítica de los años 70 y 80, como Antonio Cornejo Polar, Hugo Achugar, Jorge Ruffinelli, Juan Carlos Quintero Herencia, luego la generación siguiente con Graciela Montaldo, Adriana Rodríguez Pérsico, José Amícola, Graciela Goldchuck, hasta generaciones más jóvenes como Andrea Ostrov, Nancy Fernández, Edgardo Berg, Margarita Merbilhaá, y la lista podría seguir.

3. En “Cuarenta y cinco años de vida la revista *Hispanérica*”. En línea: <http://www.telam.com.ar/notas/201504/102000-cuarenta-y-cinco-anos-de-vida-de-la-revista-hispamerica.html> (Consulta: 12/10/2015). Nuevas voces y unos cuantos clásicos. Recorriendo el índice cito unos pocos ensayos (hay muchos más) que se han convertido en clásicos de la crítica: Ricardo Piglia: “Arlt, la ficción del dinero”, n° 7, 1974; Josefina Ludmer: Onetti: “La novia (carta) robada (a Faulkner)”, n° 9, año 1975; Silvia Molloy: “El relato como mercancía: los dioses de Juan Carlos Onetti”, n° 23/24, 1979; Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo: “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, n° 25/26, 1980. Aclaro, que estoy dando una visión “argentina” y por lo tanto sesgada de la revista. Pero lo mismo se podría decir de la crítica del resto de Latinoamérica y de su literatura por supuesto.

2. Luego publicado en *Casa de las Américas* (1976) y reproducido en *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, México, Nuestro Tiempo, 1977.

Otro aspecto que me parece importante es el diálogo íntimo que ha conseguido establecer, ya desde el comienzo, entre la producción crítica de la academia norteamericana y la producción crítica desde Latinoamérica. Creo que eso no es tan frecuente, y me parece interesante porque las agendas, que muchas veces divergen, se cruzan, dialogan y están en tensión.

Hay un tercer punto que quisiera destacar, *Hispanamérica* publica textos de ficción, publica poesía, publica entrevistas tensionando los límites institucionales al proponer este tipo de cruces, y distinguiéndose de muchas otras revistas dedicadas a la literatura latinoamericana producidas por la academia norteamericana. La entrevista como un género dialógico que circula transversalmente en el espacio público, desde los periódicos hasta la radio y la televisión, es una de las secciones fundamentales de *Hispanamérica*. Hay todavía otras secciones sobre las que quiero llamar la atención. Una de ellas es “Documentos” que no sólo publica documentos ya producidos, como podría ser un manifiesto, sino textos más inestables, suerte de ensayos que se nos presentan bajo el ropaje de un texto en proceso. Y haciendo serie con las “Entrevistas” y los “Documentos”, tenemos las

secciones “Taller” y “Testimonio”. En conjunto creo que todas ellas, desde diferentes perspectivas, contribuyen a dotar a *Hispanamérica* de un tipo de textualidad inestable.

El último número, el 130, el que se presenta aquí, vuelve a poner en el papel esa trayectoria. La combinación entre lo nuevo y lo “consagrado” que observamos en las entrevistas, una a Arnaldo Calveyra y otra a Andrés Neumann, un artículo sobre la poesía del chileno Andrés Teillier, una suerte de minicompilación de poesía uruguaya que junta a Roberto Echavarrén y a Aldo Mazuchelli y donde también está el venezolano Rafael Cadenas.

Es decir, la originalidad de *Hispanamérica* no radica únicamente en que se trata de una revista que perteneciendo al ámbito académico publica textos de ficción, sino precisamente en estas secciones —“Entrevista”, “Testimonio”, “Documentos”, “Taller”— que le otorgan una plasticidad y un registro discursivo en sintonía con su presente, y le permiten, como quería Saúl desde el comienzo, producir y proponernos algo más que una acumulación de artículos entre tapas.



Martín Kohan

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

A *Hispanamérica* habría que considerarla, tal vez igual que a cualquier otra revista, pero tal vez más que a la mayoría de las otras revistas, ante todo por su forma. No solo por su formato, que evoca la portabilidad y la maniobrabilidad de los libros, sino más bien por su forma. Porque su disposición de secciones, estable en lo sustancial bajo la modalidad de la constante con variaciones, excede lo que sería la mera disposición de un índice, una simple clasificación o el anuncio de todo sumario, para pasar a funcionar así, como una forma, es decir, como la instancia que va a decir algo sobre todo contenido, lo que está ahí para dar sentido a todos los otros sentidos.

Ensayos, entrevistas, recuperaciones, documentos, taller, poesía, ficción, teatro: *Hispanamérica* pone en contacto el discurso crítico universitario, que es el que en los artículos y las reseñas se impone, con un presente de producción literaria (narrativa, poética, dramática). De ese modo, cada número, aunque los relatos o los poemas publicados no sean el objeto tomado por los artículos críticos, cobra la forma de un diálogo. Y “diálogo” es la palabra que Saúl Sosnowski subraya cuando habla de lo que *Hispanamérica* significa para él.

No es casual, en este sentido, que cada número reserve su tramo central (podríamos decir que su núcleo) a una sección de entrevistas: a la conversación con un autor, al género diálogo. En este número, el 130, se trata de una entrevista a Andrés Neuman, que parece hallar una posible definición inestable e incierta (“judío”) para la inestabilidad de sus inciertas e inestables definiciones de identidad (argentino, español, emigrado, hijo de emigrados, arraigado, desarraigado, itinerante); y de otra a Arnaldo Calveyra, que expresa un hastío decisivo hacia la autoexpresión omnipresente (“Jamás poesía, jamás. Siempre ‘yo’, ‘yo’, ‘yo’. Eso me parece lamentable”).

La impronta del diálogo parece en todo caso expandirse, como decíamos, en los volúmenes de *Hispanamérica*, hasta dar cuenta de cada lectura (que dialoga con su objeto, con lo ya escrito) y de cada escritura (que dialoga con una lectura esperada, una lectura por venir). Se nota, por caso, en la presentación de poesía uruguaya que hace Amir Hamed en este número 130, con los textos que de inmediato se ofrecen, o en las cartas de Néstor Sánchez, dialógicas por definición, que introduce Federico Barea en la sección “Documentos”. Pero también en los cuentos de Gorodischer y de Ana Ojeda, que dialogan con un

lector deseado; también en los artículos de Ana Gallego Cuiñas sobre novísimas novelas argentinas, de Vidal Collados sobre el humor gráfico y político en Chile, de Mario Goloboff sobre la lengua en Cortázar que dialogan con sus objetos, aunque no estén presentes, desde el deseo y la interpelación.

El ensayo de Gallego Cuiñas empieza (y porque aparece en primer lugar, así empieza también este número de *Hispanérica*) planteándose como reflexión la cuestión de “cómo hacer crítica literaria en el siglo XXI”. Esta pregunta, esta revisión, esta vacilación premeditada e intencional, no es menor ni pasa de largo. Porque un reproche que se nos suele dirigir a los críticos literarios de formación universitaria, con un penoso talante antiintelectual, hay que decirlo, es que hablamos entre nosotros, que excluimos o expulsamos, que cultivamos un exclusivismo de élite. Yo no estoy, en lo personal, nada seguro de que quepa formularnos una objeción semejante; al fin de cuentas, toda disciplina promueve sus lenguajes específicos y exige una determinada competencia (en un diario, por lo pronto, no son las páginas de crítica literaria las que más incurrir en jergas o en hermetismos, sino las de las crónicas deportivas. La diferencia radica en que los lectores en general están en este último caso mucho más dispuestos a prepararse y a aprender, para poder así incluirse).

Me temo que, si hay una dificultad, hoy por hoy, en la escritura crítica, no radica en el hablar para los pares,

sino en las tantas veces que se habla para nadie (para nadie, en efecto, para nadie: ni siquiera para los otros críticos, ni siquiera en el entre nos). Las ponencias que se leen solo en procura de una acreditación, más que en procura de una escucha y una respuesta; o el artículo que se redacta y se remite en procura de una publicación cuyo rédito institucional está ya previamente tabulado, más que en procura de una lectura y de un intercambio: la pregunta de qué escribimos, y cómo, y para qué, y para quién, cobra toda su potencia sobre este estado de la cuestión.

No es entonces el diálogo entre pares lo que nos plantea un dilema; tampoco, llegado el caso, el famoso diálogo de sordos, que, aunque entre sordos, no deja de ser un diálogo después de todo. Son esos condicionamientos que a veces pesan sobre la crítica literaria, que la desligan de ese deseo que habita la literatura y es lo que se espera que nos impulse a escribir, o la apartan de esa voluntad de interlocución del que escribe para ser leído o expone para ser escuchado.

El espacio que *Hispanérica* dispone, como revista de literatura, alienta esa posibilidad, promueve esa tesitura: la del diálogo. Esa cuestión de la que tanto hablamos (la cuestión del otro), esa noción que tanto empleamos (la de la palabra dialógica), esa cita a la que tanto recurrimos (un texto debe probarme que me desea), se vuelven sustancia en su proyecto: se espera que funcionen *de verdad*.